



CARLOS V. IDEA DE IMPERIO O CONFEDERACIÓN EUROPEA

Por VICENTE DE CADENAS Y VICENT

Carlos V, flamenco de nacimiento, borgoñón de sentimientos, alemán por tradición y español por interés, no mostró nunca sus sentimiento hacia Italia, a la cual defendió siempre y por ella, principalmente por el Milanesado, feudo imperial en la península, se enfrentó con Francisco I. Sin embargo fue evolucionando en todos esos sentimientos y sin traicionar al más profundo que era el de borgoñón auténtico y del que nunca poseyó territorio y, por tanto, nunca fue su Duque ni su soberano, se fue identificando con el espíritu castellano al que, si en su juventud le acercaban los bienes que de Castilla salían, luego fueron sus hombres los que le conquistaron tierras y concluyeron conquistándole a él. Carlos V nunca olvida su origen borgoñón y bien lo señala en las Instrucciones a su hijo el Príncipe Felipe, tanto en las generales como en las secretas, pero viene a morir en la tierra de los hombres que le defendieron y en los que no encontró más que acatamiento, devoción y apoyo.

Su espíritu era liberal muy posiblemente por vivir sus primeros años en Malinas, donde coincidían razas, idiomas y nuevas ideas que le imprimieron la tolerancia, pero sin duda alguna era quien mandaba y eso bien lo demostró en su pro-



pio lugar de nacimiento con la represión que llevó a cabo con los sublevados y la ciudad. Estuvo presente en los campos de batalla; en las victorias y en los repliegues, que tuvo que efectuar y siempre ensalzó al soldado español, dispuesto a morir por unos ideales que probablemente nunca llegó a entender, pero en defensa de su Rey que pronto comprendió, pese a la revuelta comunera, que eran los súbditos más fieles y devotos que tenía en todos sus extensos territorios.

El Emperador desea hacer una Europa unida, pero no sometida a su voluntad, en defensa contra la indudable invasión turca y por ello precisaba que Francia e Inglaterra permanecieran, al menos, neutrales y comprendieran aunque no participaran en ella, su política federalista de la cual buena y única prueba en Europa era precisamente el Imperio, compuesto de muchos Estados, unidos por un denominador común y regidos por un Emperador elegido por los siete componentes del mismo: los Príncipes Electores.

Esta política nada ambigua de Carlos V, sí la comprendieron Francia e Inglaterra con sus respectivos Monarcas, pero no quisieron participar en ella, por considerar con toda probabilidad que serían sometidos a la voluntad del Emperador, quien con esa unidad no buscaba su engrandecimiento, pues lo poseía con abundancia, sinó la unidad religiosa tan amenazada y la militar y política, en la que se comprendía la seguridad territorial mayormente por la presencia permanente del Turco en el Oriente del continente. Nunca comprendieron a Carlos V que siempre hubiera proseguido en su política de estar unidos, pero a la vez separados, es decir bajo un denominador común, pero respetando costumbres, privilegios y autonomías, como siempre lo hizo en los Países Bajos, nada fáciles de gobernar al ser diecisiete Estados que, aunque pequeños, gozaban de prerrogativas diferentes, idiomas distintos y razas diversas. Sin embargo los mantuvo unidos, respetando todo y haciéndose respetar.

Inglaterra por la cuestión religiosa se desligó completamente y Francia por el deterioro moral de sus Reyes, no comprendió el gran proyecto de Carlos V de una Europa unida



para una sola voluntad electiva que respetara y atendiera a los deseos de sus gobernados. Y de eso no hay duda alguna, pues no existe ni una sola legislación única impuesta para todos los dominios de Carlos V, ni la imposición de la lengua de una nación a otra, de las que era soberano. Dos importantes legislaciones promulgó durante su mandato: una penal para el Imperio y otra civil para el Milanesado. Ambas completamente diferentes, modernizándolas, pero respetando los distintos perfiles de cada una y malas no debieron de serlo, pues han permanecido hasta el pasado siglo.

Comprende que cada pueblo de los integrados en su Corona y bajo su Cetro son diferentes y de ellos supo disponer para sus empresas militares en defensa de la religión que otros, teniendo más obligación que el Emperador, como tal, tendrían que haberse ocupado firmemente de ello, pero que, llevados por sus intereses personales, dieron origen a la expansión del luteranismo en Alemania y su inmediato contagio a otras naciones, que lo emplearon como bandera para alzarse contra su Señor natural.

Tuvo sus errores como todo ser humano, pero indudablemente acertó para llevar a cabo muchos de sus proyectos hacia la creación de una unidad espiritual que materialmente estuviera fundida para la defensa del turco por el sureste del Imperio; la defensa de la religión católica en toda Europa y su expansión en las Indias. En esta lucha desigual, porque se la encubre con otros atavíos no dio resultado que de ella se esperaba, porque su propio hermano Fernando y su sobrino Maximiliano no le apoyaron sinceramente en los momentos más difíciles de su vida. La Paz de Passau y la recuperación de Metz. En el primero quizá por la necesidad de tener que convivir con ellos, al ser Rey de Romanos y Lugarteniente General del Imperio y en el segundo, aunque heredero del primero, no sentían la necesidad de recobrar Metz que los Príncipes, quizá a sabiendas de Fernando, entregaron a Francia tal vez para obtener la vergonzosa ayuda contra su Emperador. Por otra parte aún quedaba el rescoldo de los caprichos del Príncipe Felipe de ser Emperador, lo que pese a los notables y valiosos



VICENTE DE CADENAS Y VICENT

consejos de su hermana María, enfrió las relaciones entre ambas, indudablemente ya, Casas de Habsburgo.

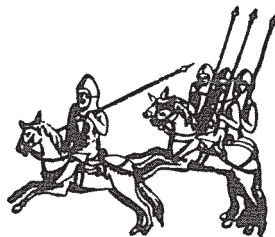
Sin embargo gracias a su tenacidad, aunque no se llegara a fin alguno en su época, el suspendido concilio de Trento, aunque ya tarde y sin servir completamente para el objeto principal de su convocatoria, fue útil, a la Cristiandad que sin llegar a unas profundas variaciones, acordó las reformas necesarias para detener, al menos, el avance protestante, imparable ya de contener, por la convivencia entre ambas religiones que fueron abandonando sus enfrentamientos.

El sitio de Metz y su estado de salud le hicieron reflexionar, no para abandonar el mundo y abrazar un hábito, como lo creen muchos, sinó para apartarse de la actividad que le pesaba por sus achaques, pero no hay duda alguna de que en Yuste el «monje», como viene nombrado por alguno de sus historiadores, se ocupaba activa y diariamente de muy intrincados asuntos políticos, cuyo origen él sólo conocía y era consultado por el Príncipe, ya Rey Felipe II y la Regente, su hija Juana, asuntos que merced a su intervención se fueron resolviendo o se resolvieron posteriormente cuando llegaron a plantearse, pero que, el aún Emperador, según el Pontífice Pablo IV, supo encauzar para el mañana y entre ellos destaca el de Portugal en los aplazados y en los resueltos en su vida, el de Navarra con sus difíciles diferencias de solventar; el de la Casa de la Contratación de Sevilla y su desfalco y el del comienzo del luteranismo en Castilla. Además de los consejos dados a su hijo en diferentes cartas y que unos fueron atendidos y otros no, como tampoco lo fueron aquéllos de las instrucciones secretas que dio a su hijo cuando ya Rey de España confió en demasía en persona que le había desaconsejado su padre el Emperador, de lo que resultaron la mayor parte de los problemas en los Países Bajos.

Tuvo un error y grande en lo único que se reservó para sí al fallecer sin sucesión el Duque de Milán, Sforza, separándolo del Imperio y dándoselo a su hijo Felipe lo que hizo que quedase unido materialmente en la persona del Rey de España, separándolo del Imperio a donde correspondía por derecho.



La visión de una Europa unida pero respetando sus peculiaridades y diferencias la tuvo clarísima Carlos V en el siglo XVI y después de casi cinco siglos parece que se va a cumplir su deseo, aunque falta un Carlos V para poderlo llevar a cabo por unos cauces espirituales que, sin ellos, el ser humano se va transformando en bestia.



ESCUELA SALGÁN Y CAJÓN
VICENTE DE CADENAS Y VICENT

CARLOS DE HABSBURGO
EN
YUSTE

1875 - 1876



Imprenta
Hidalgo